

FERNÁNDEZ JIMÉNEZ, FRANCISCO MARÍA, *El humanismo bizantino en San Simeón el Nuevo Teólogo. La renovación de la mística bizantina* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas - Estudio Teológico San Ildefonso de Toledo 1999) XVI + 303 pp.

El libro que presentamos a los lectores es parte importante de una tesis doctoral defendida por el autor en la Universidad Complutense de Madrid en 1998 y «dirigida por el bizantinista Dr. D. Antonio Bravo García», con el título de *La visión del hombre en los escritos de Simeón el Nuevo Teólogo* (p. XV). Es natural que tenga en cuenta los elementos de la antropología sobrenatural, la teología sobre el hombre cristiano que camina hacia la transformación en Dios o divinización. El autor –según confiesa él mismo– ha «eliminado, con relación a la tesis doctoral, una gran introducción histórica» y así la investigación que ofrece al lector se centra más «en la figura de san Simeón y su pensamiento antropológico» (ib.).

Hoy se conoce bien la enorme importancia que ha tenido san Simeón el Nuevo Teólogo en la tradición oriental bizantina, y, al mismo tiempo, hemos de reconocer la ignorancia que ha habido en Occidente de sus obras y doctrina hasta finales del siglo XIX. La edición de sus obras completas en la colección *Sources Chretiennes*, a partir de la segunda mitad del siglo XX, impulsó los estudios teológicos e históricos también en Occidente en un continuo crescendo entre los teólogos e historiadores de la espiritualidad. Recordemos que sus principales obras son las siguientes: *Capítulos teológicos, gnósticos y prácticos*, los *Tratados teológicos y éticos*, las *Catequesis* y los *Himnos*.

La importancia del autor oriental crece si consideramos que su vida se desarrolló entre los años 949 y 1022, es decir, los correspondientes al período conocido en la Iglesia católica occidental como el

«siglo de hierro del pontificado». La presencia simultánea de los místicos en períodos de decadencia demuestra que Dios y su Espíritu no abandonan a su Iglesia. Por esto es tan importante encontrar en ese período conflictivo de la historia eclesial en Occidente esa luz que alumbra la Iglesia cristiana en Oriente. Un signo más de que la ley general se cumple. Se me ocurre pensar que en momentos de ecumenismo como es el actual, no estaría de más echar un vistazo a las experiencias de los místicos de todas las confesiones y tradiciones eclesiales. Puede ser que nos lleváramos algunas sorpresas por la coincidencia de muchas doctrinas.

Es de agradecer la publicación de esta obra en España porque no abundan los trabajos científicos sobre la espiritualidad oriental y sus principales representantes, y nos tenemos que conformar con leer los estudios que se hacen en el extranjero, como podemos comprobar en la «bibliografía» citada (pp. 287-295). El autor de esta obra también reconoce que es «un escritor al que se han dedicado muy escasos estudios en nuestra lengua» (p. XVI). Por esta razón, un pensador oriental y místico, tan importante en la tradición espiritual de Oriente, bien merecía una monografía para los lectores españoles, siendo «tan estudiado últimamente fuera de nuestras fronteras, autor que es de referencia obligada para todos los que se interesan por el monacato bizantino de esta época» [siglos X-XII (p. XV).

Descendiendo al desarrollo de la obra, está estructura de la siguiente manera. Dedicar el capítulo primero a recomponer la biografía de Simeón el Nuevo Teólogo. Fue monje en el famoso monasterio de *Estudio*, en Constantinopla, donde practicó un riguroso ascetismo bajo la guía de su maestro Simeón Eulabes, cuya defensa le costó el exilio al monasterio de *San Mamas*, monasterio hasta ahora bastante desconocido. Lo encontró en una situación material y espiritual lastimosa y lo restauró imponiendo una rigurosa disciplina. Sus *Catequesis* proceden de las enseñanzas como hígümeno a los monjes de *San Mamas*, preciosa fuente para elaborar su espiritualidad y la vida en el monasterio, convertido en un centro de espiritualidad reconocido no sólo en Constantinopla, sino en otras regiones.

En el segundo capítulo expone la idea que san Simeón tiene del hombre, sus componentes, el cuerpo, el alma y, más en concreto, el entendimiento y el corazón, siguiéndole desde la creación a la glorificación como imagen de Dios. En el capítulo tercero desarrolla la «ética» o praxis cristiana, que en él se convierte en «moral» o «espiritualidad». Comienza con el origen divino del hombre, la caída en el pecado y la restauración por Dios en Cristo; las mediaciones sacra-

mentales de la Iglesia, etc. Y, finalmente, la oración del corazón hasta llegar a la *apátheia*, la total pacificación interior y el despliegue de las virtudes teologales y cardinales. Finalmente, el cuarto y último capítulo trata de la *Theoría* o contemplación, algo específico también de la espiritualidad oriental y meta de todo camino de la mística cristiana en general.

Otros temas, como el de la contemplación y el conocimiento, sus grados, la experiencia mística como fenómeno religioso recuperable en todas las religiones, y la indagación sobre la experiencia mística de san Simeón el Nuevo Teólogo, no podían faltar en el análisis textual de sus obras, incluidos ciertos fenómenos místicos (pp. 260-279).

Ésta es la síntesis de la obra que presentamos. Algunas cosas tratadas por el autor me han parecido de interés para el teólogo y el historiador de la espiritualidad oriental y occidental. *Primero*. El autor demuestra conocer bien las obras de san Simeón, cuyos textos cita con mucha profusión y en la lengua original, el griego. El uso de la bibliografía es sobreabundante, especialmente cuando confronta la doctrina de san Simeón con sus fuentes paganas o cristianas. En general, da la impresión de que el autor ha tratado minuciosamente los temas expuestos por el gran autor oriental. Por ello creo que será necesario acudir a él en futuras investigaciones. Metodológicamente está bien realizado, como corresponde a una tesis doctoral.

*Segundo*, el autor sitúa la teología y la espiritualidad de san Simeón dentro de las corrientes de la cultura griega (filosofía) y de los primeros escritores orientales, como Clemente Alejandrino, Orígenes, Atanasio, Basilio, Gregorio Niseno, Juan Clímaco, Evagrio Póntico, Máximo el Confesor, y otros. *Tercero*, destaca que en el Oriente cristiano –siguiendo la tesis de Vladimir Lossky– «toda teología es mística» (pp. 256-257), actitud y conclusión básicas de las que se derivan algunos corolarios, como la necesidad de la experiencia de Dios para poder hablar de él (p. 286); o que sin la iluminación interior del Espíritu Santo no se puede hablar de Dios (p. 21), causa de una agria disputa con Esteban de Nicomedia que le llevó al destierro (pp. 19-22); un cierto desprecio o relativización de las ciencias humanas para hablar de Dios (pp. 284-285); necesidad de la ascética rigurosa para llegar a la *apatheia* y ésta como camino previo a la contemplación divina (p. 283). Y algunas otras afirmaciones que el autor desgrana aquí y allá.

Como se trata de un libro valioso en su conjunto, puede sopor-  
tar algunos pequeños defectos que podemos encontrar los lectores,  
como el acarreo de textos por pura erudición que se pueden encon-  
trar fácilmente en libros de consulta general. Puede a veces dar la  
impresión de que abundan más los textos que las reflexiones propias  
del teólogo, no obstante de que los textos originales constituyen una  
gran riqueza. Más grave me parece que para corroborar la doctrina  
de san Juan de la Cruz sobre la necesidad de la noche oscura pasiva  
del sentido y del espíritu, cite a algunos autores (Tanquerey, Ribera-  
Urráburu, Jiménez Duque, Wojtila), que me parece no son precisa-  
mente ni los mejores ni los más actuales intérpretes de la vida y la  
espiritualidad del Santo, como puede comprobar el autor en cual-  
quier bibliografía al uso. Y podía citarle algunos pocos más reparos.

No obstante, felicitamos al autor de esta monografía, rica en  
contenido y bien realizada metodológicamente. Esperamos que con-  
tinúe ofreciéndonos otros trabajos sobre el gran místico oriental para  
enriquecer las historias de la espiritualidad y los mismos manuales  
de teología y teología espiritual.

DANIEL DE PABLO MAROTO

TADEUS KAŁUŻNY, SCJ, *Nikodim. Una ecclesiologia vissuta*, (Roma  
1995), 346 pp.

La disertación para la obtención del grado de doctorado que el  
P. Tadeus Kałużny preparó y defendió hace algunos años merece ser  
reseñada con detención. El citado sacerdote dehoniano es de origen  
polaco, hizo sus estudios en el Rusicum de Roma, empapándose allí  
de la cultura, la lengua y la liturgia de la Iglesia rusa. Es, por tanto, bi-  
ritual, habiendo vivido el rito bizantino ruso durante todo su periodo  
de estudios. Hoy es profesor de Ecumenismo en la Facultad de Teolo-  
gía de Lublin. Tiene, pues, una preparación y competencia más que  
suficientes como para emprender el estudio que se propuso, y que  
coronó con éxito, sobre una de las figuras del siglo XX más importan-  
tes del cristianismo ruso: el metropolitano Nikodim de Leningrado y  
Novgorod. La tesis doctoral publicada en forma de libro en el Pontifi-  
cio Instituto Oriental (Facultad de Ciencias Eclesiásticas Orientales)  
de Roma es uno de los primeros trabajos serios que se proponen dar

a conocer en occidente la vida, el pensamiento y la repercusión ecuménica del metropolitano que cambió durante unos años el rostro de la Iglesia ortodoxa rusa, tanto de cara al exterior como hacia dentro de sí misma.

Nikodim de Leningrado es una figura poco conocida más allá de los ámbitos ecuménicos, pero una figura que vale la pena revalorizar y comenzar a estudiar en el catolicismo y en todas las Iglesias cristianas en general. ¡Qué diferente sería hoy la Iglesia ortodoxa rusa si hubiera seguido sus pasos, o, como en verdad pudo suceder, si Nikodim hubiera llegado a ser patriarca de Moscú, si no hubiese sido por la oposición política del régimen comunista soviético! ¡Qué diferente sería hoy el mapa del ecumenismo si los sucesores de Nikodim en la sede moscovita no hubieran renegado del camino de apertura de su Iglesia que él había emprendido! Pero la historia no tiene marcha atrás, y hoy sólo queda evocar su figura con la esperanza de que la historia siga teniendo, al ser recordada, la función que siempre ocupó como *"magistra vitae"*. De ahí la pertinencia, la actualidad y la conveniencia de difundir el conocimiento de la obra y el pensamiento del metropolitano ruso de Leningrado.

Pocos saben de la existencia de tal jerarca de la Iglesia rusa, de su labor docente y pastoral, de sus tareas de gobierno y de diplomacia exterior en nombre del patriarcado de Moscú en los difíciles años 60-70, de sus inquietudes intelectuales canalizadas en su Academia teológica de Leningrado, de su inmensa actividad ecuménica a favor de la unidad de todos los cristianos de Oriente y de Occidente. Pero menos aún de su progresiva "conversión" hacia una valoración de la Iglesia católico-romana, junto al reconocimiento del papado como elemento eclesial necesario para la unidad. Más difícil es creer que, justamente este gran obispo ortodoxo, muriese en Roma, en brazos del papa Juan Pablo I, que ocupara la sede de Pedro tan sólo un mes, en el transcurso de una audiencia privada. Pero así fue de sorprendente la vida y la muerte de este hombre excepcional en tantos aspectos.

La obra está dividida en cinco capítulos, precedidos de una bibliografía muy completa de Nikodim y de una introducción. En el primer capítulo se describe la situación vital que vio crecer al metropolitano, tanto desde el punto de vista eclesial como político. Es un capítulo que impresiona por los datos que allí se ofrecen sobre la situación martirial del cristianismo ruso en todo el periodo que ha durado el comunismo en esta nación. Es un capítulo muy aleccionador por cuanto nos hace comprender la difícil postura de los jerarcas rusos,

siempre presionados por la política soviética, a la vez que urgidos por su conciencia de buscar cómo poder sobrevivir con dignidad sin perder su identidad cristiana de tradición bizantina. El capítulo es muy pertinente, pues Nikodim sufrirá muchas incomprendiones que se esclarecen, sin embargo, a la luz de su contexto socio-político.

El segundo capítulo trata de bosquejar un retrato del personaje. Retrato de rasgos exteriores al ritmo de los avatares de su vida, y retrato interior que se ocupa de bucear en la personalidad, la fe, las intenciones políticas, eclesiales, ecuménicas de este hombre atípico en tantos sentidos. Es aquí donde empiezan a aparecer las dimensiones de gigante que dibujan la figura de Nikodim. El capítulo tercero se ocupa del estudio del metropolitano pastor en una Iglesia con implicaciones políticas muy complicadas. Se muestra aquí su sagacidad, su habilidad y a la vez sus posturas a veces ambiguas que parecen más motivadas por el contexto que por su intención de vivir en un doble lenguaje o actitud. Es claro también que, como en toda vida humana, se ha de contar con una evolución en el proceso interior de Nikodim, camino de su madurez humana y pastoral. Aquí se muestra claramente su intención de renovar el cristianismo ruso. Él, hombre de viajes y de experiencia internacional, percibió claramente que su Iglesia debía renovarse y abrirse a los nuevos vientos que soplaban en el cristianismo europeo por obra del movimiento ecuménico y por obra del Concilio Vaticano II en la Iglesia católica. Así sus desvelos se dirigirán hacia la liturgia, la predicación, las comunidades parroquiales, la formación del clero y la presencia de la Iglesia en la sociedad. Por otra parte, será el representante de su Iglesia en todos los foros internacionales del ecumenismo, trabajo que realizará con una intensidad y convicción admirables. Sólo seguir sus viajes y sus aportaciones en foros y temas tan diversos causa perplejidad.

El cuarto capítulo se ocupa de lleno de la dimensión ecuménica de la vida y ministerio de Nikodim. Aparecen aquí sugerencias muy interesantes sobre las raíces teológicas del pensamiento del metropolitano sobre la unidad. Parece probado que en él se da un fuerte influjo del eslavófilo y filósofo Soloviev, con su idea de un nuevo cristianismo que abarca las Iglesias de Oriente y Occidente por la recuperación de la unidad entre los Ortodoxos y la Iglesia católica-romana. A la luz de esto, no deja de ser significativo, que pocos meses después de la muerte de Nikodim, será elegido un papa eslavo, también él admirador y seguidor de Soloviev, que llevará adelante esta misma idea, como se ha visto en la doctrina ecuménica del papa Wotyla, en su propuesta de una Iglesia que no puede dejar de

respirar “con dos pulmones”, el de Oriente y el de Occidente. En todo caso, resulta también evidente que la apertura de Nikodim al ecumenismo le viene de su estudio de la figura de Juan XXIII, de quien se declarase ferviente admirador y seguidor. Los testimonios del capítulo no dejan duda del serio, intenso y casi heroico esfuerzo del metropolitano de Leningrado a favor de un diálogo teológico y pastoral con todas las Iglesias cristianas. Tanta actividad, junto a las muchas desconfianzas del régimen soviético y en el interior de su propia Iglesia, no podían dejar de pasar su factura, hecha realidad en sucesivos infartos que le llevarán a la muerte prematura.

El quinto capítulo presenta la doctrina teológica de Nikodim. Es, a nuestro parecer, el menos logrado. Se echa en falta dejar hablar más al personaje, para tener una idea más completa de su pensamiento teológico. En todo caso, esta falta es disculpable a la vista del volumen que va tomando la obra, y teniendo en cuenta que una tesis doctoral es un inicio y no un final del estudio en cuestión. En lo poco que aquí se muestra de los escritos teológicos de Nikodim se aprecia un pensamiento vigoroso, muy actualizado, plural, original y desde luego totalmente innovador en su contexto eclesial ruso.

Uno de los aspectos más interesantes de esta tesis es el de sus fuentes. Porque el autor no se ha limitado a los escritos del metropolitano, o a los datos objetivos de su periplo vital, sino que ha entrevistado al mayor número posible de personas que le conocieron en vida y trabajaron con él. Con lo cual, ha puesto a salvo un testimonio vital que en pocos años desaparecería de no ser recogido en esta obra. Es a partir de estos testimonios donde el autor se atreve a proponer una de sus tesis más arriesgadas, pero no carente de serio fundamento. Según el autor, Nikodim llegó en sus últimos años al reconocimiento del papado como un elemento necesario para la unidad de la Iglesia sin dejar de ser ortodoxo, cosa que confió privadamente al papa Pablo VI y justamente sería éste el motivo que le llevó a pedir la audiencia con el nuevo papa elegido en 1978. Poco podía sospechar que en el momento en que él iba a reiterar su adhesión personal al nuevo papa iba a morir en sus brazos, en Roma y no en Leningrado, cosa que desagradó mucho a las autoridades soviéticas, tanto civiles como eclesiásticas. El hecho de tener testimonios de primera mano, testigos presenciales que vieron vivir y morir a Nikodim, y de escuchar de labios de Juan Pablo I las palabras que pronunció después de lo que Nikodim le dijo antes de morir, avalan la tesis del autor con serios argumentos.

Al final de una obra como esta, uno tiene la impresión de que lo mejor está por llegar. Es ahora cuando empieza a ser más interesante este hombre, tan desconocido y ocultado en su momento por su misma Iglesia ortodoxa rusa. Es ahora cuando su figura gigantesca en tantos sentidos debe ir apareciendo ante la Iglesia con sus verdaderas dimensiones. Porque es la hora de la unidad, y la Iglesia rusa no está sabiendo aprovechar los signos de los tiempos, entre los que se encuentra brillando con luz propia Nikodim de Leningrado y Novgorod, en parte mártir de un régimen que martirizó a una Iglesia, y mártir de un división entre cristianos que él trató de sanar pagando con su vida. No es la primera vez que sólo la distancia del tiempo nos hace ver con objetividad la grandeza de los hombres de Dios. El carácter profético de todo lo que sucedió entorno a Nikodim, hace esperar que, como su homónimo, el Nicodemo del evangelio, su buscar a Cristo en la noche llegue un momento que se cambie en gozar de la presencia de Cristo y de su Iglesia en pleno día. Así lo esperamos y a ello nos ayudan trabajos tan bien llevados como el realizado por Tadeus Kałużny.

PROF. FERNANDO RODRÍGUEZ GARRAPUCHO